

¡VIGILANCIA DINÁMICA!

Equipos estadounidenses del *Border Patrol*, a caballo y en "quad", vigilan la frontera con Méjico

OCTAVIO DÍEZ CÁMARA

CINCO DE LA TARDE. NOS MOVEMOS POR LAS MONTAÑAS PATAGONIA, UNA ZONA DE NOTABLES ELEVACIONES EN EL ESTADO DE ARIZONA SITUADA A UNAS POCAS DECENAS DE KILÓMETROS DE MÉJICO. HACE YA MÁS DE UNA HORA QUE EMPRENDIMOS LA MARCHA A PIE Y ESTOY, EN LO PERSONAL, MUY SATISFECHO.

tuve hace un año un infarto y no siento secuelas ni me canso. Además, estreno unas botas 5.11 HRT Advance Coyote que me permiten moverme, con soltura y sin resbalar, por un terreno que es bastante empinado e incluye zonas con rocas y nieve. En lo profesional, aún lo estoy más, pues no es fácil vivir, en primera persona, una experiencia como la que ahora les relataré. Nos ha costado conseguir los permisos, coordinar fechas y demás, así como personarnos en un entorno que dista muchos kilómetros del territorio español. Por su parte, nuestros interlocutores, agentes estadounidenses de la





Patrulla Fronteriza (BP, *Border Patrol*) nos han facilitado la posibilidad de acompañar a uno de sus equipos a caballo y en ello estamos.

Nos reunimos en el punto acordado. A los pocos minutos llega allí una camioneta. Es un espectacular “pick up” Dodge RAM 2500 que arrastra un voluminoso remolque de dos ejes acondicionado para el transporte de caballos. Bajan tres agentes, nos saludan y, con inusitada rapidez, se dirigen hasta donde están sus monturas, para bajarlas del lugar, ensillarlas y hacer la última revisión de las mismas antes de iniciar su andadura. En menos de cinco minutos des-

de su llegada ya están listos y se despiden de nosotros pues su cometido de vigilancia no espera y no queremos ser una molestia.

Dos inician la marcha, pues el tercero observa que su jamelgo tiene una pequeña herida y decide regresar a los establos para realizar una pequeña cura. Nosotros a pie, acompañados por el oficial David Jimarez que es nuestro enlace, intentamos seguirlos, pero su marcha es más rápida y pronto les perdemos de vista. Llevamos un sistema de posicionamiento global (GPS, *Global Position System*) y sabemos la zona donde estarán. Son varios cientos los metros de



desnivel que separan nuestra posición de partida del punto al que queremos llegar, por lo cual emprendemos la marcha alentados por la experiencia que anhelamos vivir. En la ruta hacia el destino, Jimarez nos va mostrando algunos detalles propios de lo que buscan allá. Huellas recientes en la nieve, ramas partidas, algún residuo de comida, ..., son indicios de la presencia humana en la zona, generalmente de indocumentados que buscan entrar ilegalmente en los Estados Unidos atraídos por un tipo de vida que, aparentemente, es mucho mejor de la que tienen. Además de las propias huellas que puedan dejar, hay otras “ayudas técnicas” que a los agentes les son inestimables.

Se nos explica, con cierto detalle pero con el compromiso de no revelar datos concretos de posiciones y capacidades, que el dispositivo desplegado en esa zona de gran tránsito de ilegales incluye sensores de movimiento bajo el suelo, cámaras térmicas y de televisión en localizaciones fijas y en vehículos, y hasta aviones pilotados a distancia, los mismos “Predator” que los militares estadounidenses usan en Afganistán para la lucha que les enfrenta con los talibanes desde el 2003.

Los agentes tienen, por los medios puestos a su disposición, una ventaja aparente, pero lo más importante es que sean capaces de realizar su tarea con el mayor índice de profesionalidad, pues su experiencia, capacidad y dedicación va a ser la que les permita una mayor eficacia en su cometido.



Esa aseveración nos la explican los oficiales Luís y Dimas –obviamos sus apellidos por motivos de discreción, pues pueden ser el objetivo de “terceras personas”– cuando nos reunimos con ellos. Sin abandonar sus caballos, de nombre “Been” y “Limbs-ton”, otean el horizonte y atienden a las transmisiones, medio por el que se les avisará de cualquier aviso generado por los distintos sensores. Mientras buscan, nos sitúan puntos concretos del valle que queda más abajo por donde suelen pasar los ilegales. Explican que en ese entorno capturan cada semana a decenas y decenas de ellos. Mientras estamos allí no tenemos suerte y no se produce la anhelada localización de un posible objetivo. Al oca-so, abandonamos la zona a pie y les dejamos realizando su tarea con ayuda de novedosos sistemas de visión nocturna, aunque beneficiándose de la luz lunar pueden moverse sin problemas en un lugar que conocen bien –casi como la palma de su mano– tras recorrerlo decenas y decenas de veces. Nosotros, que buscamos obtener imágenes para TACTICAL, no disponemos de esos medios técnicos y, además, no queremos ser un estorbo en su trabajo, pues, con to-



tal seguridad, nuestra vistosa presencia habrá alertado a más de uno en el área.

Al día siguiente, nos volvemos a reunir con Jimarez para ampliar la experiencia vivida. En esta ocasión, el punto de reunión son las instalaciones –Estación, lo llaman ellos– que BP tiene en Nogales, a menos de un kilómetro en línea recta de la valla que separa EE.UU. de Méjico. Allí, conocemos al oficial Rogelio G., líder de una patrulla móvil a la que vamos a acompañar. Ellos, a diferencia de los compañeros con los que estuvimos la jornada anterior, se desplazan en motos tipo “quad” que, aunque versátiles, tienen menos capacidad que los equinos para llegar a puntos difíciles, por lo cual sus rutas suelen ser por zonas menos montañosas y aprovechan pistas forestales del lugar.

En pocos minutos sitúan en una batea especialmente acondicionada para ello, tres “quad” de la marca Honda. En los mismos, destaca su pintura de camuflaje y tres enormes bolsas traseras en la que se estiba distinto equipo personal y logístico. Frente a la indumentaria más informal de sus compañeros jinetes, estos agentes visten la uniformidad verde característica de la Agencia Federal a la que pertenecen, llevan prendas antibala con placas cerámicas y chalecos con anclajes estandarizados MOLLE (*MOdular Lightweight Load-carrying Equipment*), y se mueven acompañados de fusiles de asalto tipo M4, armas del 5.56x45mm que destacan por su gran capacidad de fuego y, en principio, parecen no especialmente acordes con la misión de detener a aquellos que son su objetivo.

Antes de iniciar la marcha hacia destino le pregunto a uno de ellos sobre esa particularidad. Me explica, sin abandonar el fusil que sujeta en sus manos, que se trata de una “herramienta” más de su trabajo. Cubre una doble función. De un lado, hace más ostentosa su presencia en un determinado lugar y es un medio que puede ayudar a desescalar tensiones antes de que se produzcan. De otro, se han encontrado en más de una ocasión a traficantes que suelen ir armados y han reaccionado violentamente contra los que les intentan detener, por lo cual atienden al dicho “más vale prevenir que curar”.

Justo acaba de explicarse cuando llega un mensaje radio para “ATV forteen”, su código de identifica-

ción. Recibimos instrucciones concretas respecto de la misión del día, por lo que subimos a un todo terreno 4x4 Chevrolet “Suburban” especialmente amplio, cómodo y potente. Siguiendo al grupo de oficiales y sus “monturas” llegamos, tras cubrir un recorrido de unos diez kilómetros, a la zona por la que aquella jornada transitarán, Potrero Canyon. Son las cuatro de la tarde cuando encienden los motores, se preparan y se reúnen todos frente a un plano para comentar algunos aspectos de su vigilancia. Aprovechamos para tomar algunas fotos. Después, dos patrullas de dos “quad” abandonan el lugar, desplazándose cada una de ellas al entorno asignado. Nosotros, nos quedamos con el agente que coordina al grupo para conocer, con todo lujo de detalle, en que consiste su actividad normal.

Patrullas motorizadas

Rogelio, nos explica que su trabajo es mucho más duro de lo que aparentemente, y a cualquier neófito, pueda parecer. No se trata de ir andando en sus motos de aquí para allá, como harían los excursionistas

